

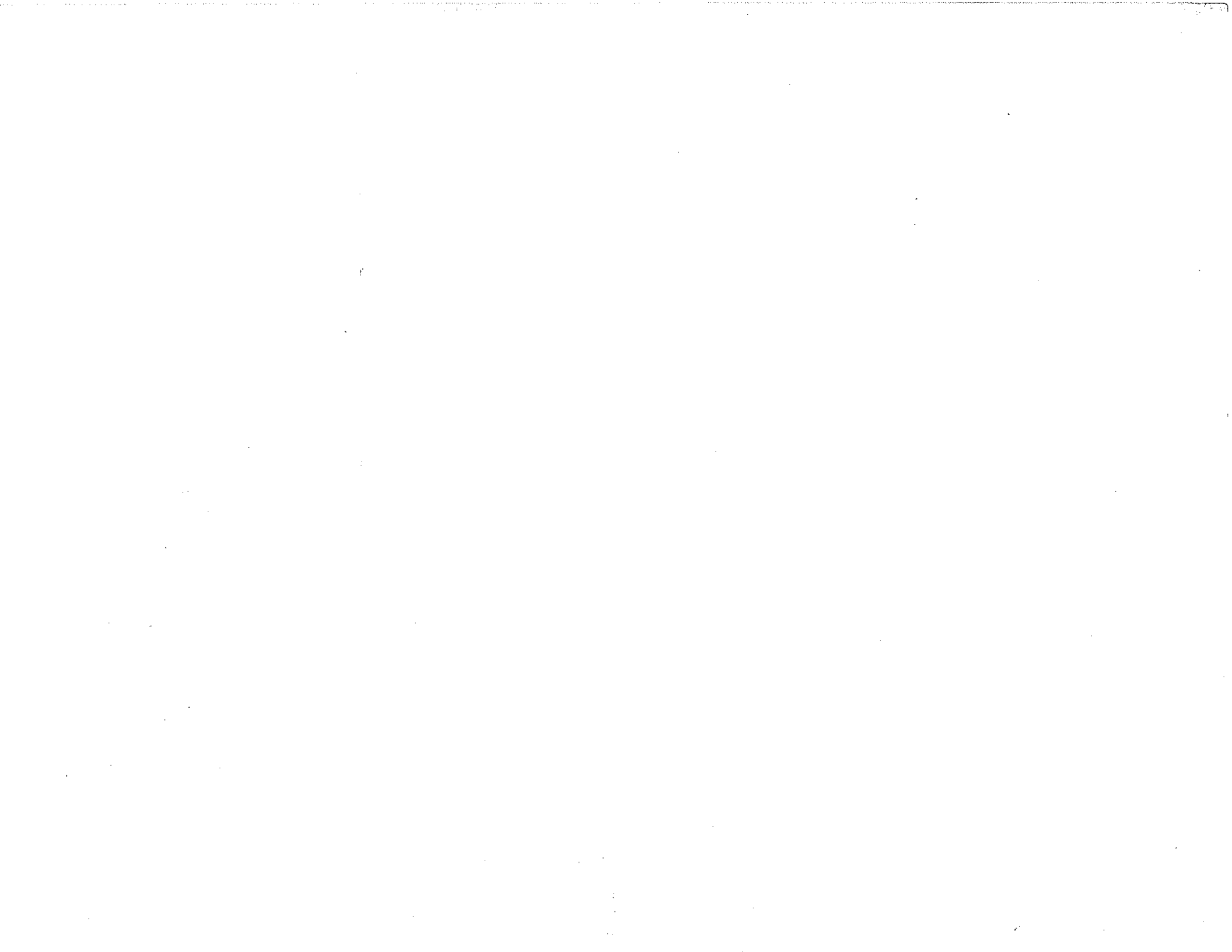
FOTOCOPIADORA  
59 C.E.N.C.E.  
CLÍNICA DE NIÑOS.  
Folio 153 SF 2  
DF 1

54-125

# La prioridad del otro en psicoanálisis

Jean Laplanche

Amarrotu editores



## 5. Implantación, intromisión

«Recordamos la antigua discusión», en la cual Pasche y Renard<sup>1</sup> hacían al pensamiento de Melanie Klein la objeción más radical. Al poner en el origen el proceso de proyección —decían—, M. Klein se instalaba definitivamente en el idealismo. Todo partía del interior; buenos y malos, los objetos no hacían más que surgir, conejos o palomas, de la caja del ilusionista. Objeción bien fundada, pero la razón era tal vez mal percibida: la concepción de un inconciente primario, endógeno y, en última instancia, biológico, no permitía al psicoanálisis más que este tipo de pensamiento; y no ignoramos que la reducción del inconciente a algo pulsional biológico, antes de que M. Klein la llevara al extremo (llega hasta a ignorar la represión), pertenece de inicio a Freud mismo.

Dando, por el contrario, una prioridad a la introyección dentro del juego proyección-introyección, se gana sin duda algo. La introyección, y su modalidad más patente, la represión, implica que el sujeto pone inicialmente algo adentro, instaura un inconciente, antes de constituir, por proyección, un mundo objetual sexual según las líneas de fuerza surgidas de lo reprimido. Yo mismo he insistido en la prioridad de este movimiento (la represión originaria), frente a cualquier otro, en la constitución del sujeto psíquico. El objeto-fuente, si bien es «fuente», es también y ante todo objeto «caído abajo», reprimido. Lacan, con su idea de una simbolización o de una *Bejahung* (afirmación) primaria,<sup>2</sup> iba manifiestamente en esta dirección.

«Implantation, intromission», *Psychanalyse à l'Université*, 15, 1990, págs. 155-8.

<sup>1</sup> F. Pasche y M. Renard, «Réalité de l'objet et point de vue économique», *Revue Française de Psychanalyse*, XX, 4, octubre-diciembre de 1956, págs. 517-24.

<sup>2</sup> *Escritos*, Siglo XXI Ed., 1971 (diversas referencias, sobre todo pág. 372).

Queda por señalar que introyectar o proyectar, reprimir, simbolizar o afirmar son verbos y procesos en los cuales el sujeto gramatical y real es «el sujeto», el individuo mismo.

Volvamos sobre los «mecanismos de defensa», y sobre las tentativas de rendir cuenta de lo más extraño al sujeto: lo que gravita en torno de la psicosis. Freud intenta cercar esta «ajenidad» en la perversión, pero también en la psicosis, con el concepto de renegación (*Verleugnung*); un trozo de la realidad es renegada, puesto en esta suerte de situación intermedia en la que el sujeto «ya lo sabe, pero aun así» (O. Mannoni). Más radical, la tentativa de Lacan con la «forclusión». El «significante del padre» no es admitido por el sujeto en su mundo «simbólico». Lo que es forcluido de lo simbólico, como sabemos, supuestamente retorna en lo real. . .

Sin embargo, también aquí, renegar o forcluir implican un acto del sujeto *infatigable*. Para renegar o para forcluir, pese a la afirmación un tanto fácil según la cual «él no quiere saber nada de eso», es necesario evidentemente que nuestro sujeto, Jacques, Anatole o Sigmund, sepa, o al menos aprehenda, algo de lo que va a expulsar, por radical que se suponga esta expulsión. De proyección en renegación, de renegación en forclusión, el psicoanálisis, ilusionista tomado en su propia trampa, se extenua en creer que el «conejo», surgido de la caja, luego «retorna» en lo «real».

Sabemos que Aristarco de Samos, en el siglo III a. C., descubrió el heliocentrismo.<sup>3</sup> Una ignorancia que se perpetúa hasta la obra de Copérnico, cuya «revolución» no es más que un redescubrimiento, un resurgimiento luego de un largo período de escotomización.<sup>4</sup> Cuando Freud habla de tres ataques o humillaciones mayores infligidas por la ciencia al narcisismo humano,<sup>5</sup> agrega a la humillación cosmológica debida a Copérnico (la Tierra ya no es el centro del mundo) y a la humillación biológica aportada por Darwin (el hombre no es más el soberano del mundo animal),

<sup>3</sup> Le debemos también las tentativas inauditas de medir las distancias Tierra-Luna, Tierra-Sol, y los diámetros de la Luna y del Sol. Freud conocía bien esta prioridad de Aristarco sobre Copérnico.

<sup>4</sup> Es probable que Copérnico conociera los trabajos de Aristarco.

<sup>5</sup> «Una dificultad del psicoanálisis», *GW*, XII, págs. 3-12; en *AE*, vol. 17, 1979, págs. 125 y sigs.

la humillación psicológica, debida a Freud en persona (el yo no es ya «el amo en su propia casa»).

Revolución imperfecta sin embargo, inacabada, puesta en cuestión por Freud mismo. Porque si en lo sucesivo el individuo está regido, en la teoría psicoanalítica clásica, por un inconciente incognoscido y pulsional, no es menos cierto que este «ello», por ajeno que se lo suponga, no es un «ajeno». Habita supuestamente *en el centro* del individuo, a quien gobierna a su antojo,<sup>6</sup> incluso si ha destronado al yo. Un soberano en el lugar de otro, pero claramente instalado en la torre de control.

Proyectar, introyectar, identificarse, renegar, forcluir, etc., todos estos verbos con los cuales funciona la teoría analítica para describir los procesos psíquicos se caracterizan por tener en común al individuo en cuestión; yo proyecto, yo reniego, yo reprimo, yo forcluyo, etc.<sup>7</sup> ¿Qué ha sido, como en el caso de Aristarco, escotomizado? Simplemente este descubrimiento de que *el proceso viene originariamente del otro*. Los procesos en los cuales el individuo manifiesta su *actividad* son todos secundarios frente al tiempo originario, que es aquel de una pasividad: la de la seducción.

El autocentrismo —para crear este vocablo— ha retornado con vigor (casi desde el comienzo), imponiendo su hegemonía sobre el conjunto de la metapsicología, de la clínica y de la práctica. Retorno de la vieja filosofía del sujeto (renovada en la salsa biológica, o, eventualmente fenomenológica),<sup>8</sup> después de la tímida incursión «aristarquiiana»

<sup>6</sup> De esta concepción centrada, concéntrica, del ser humano, hay mil testimonios en Freud. Así, entre otros, esta formulación asombrosa de que sería el inconciente quien, «desde el interior», enviaría hacia el mundo exterior, «por medio del sistema P-Cc», esa suerte de antenas retráctiles que caracterizan el funcionamiento perceptivo. Este inconciente no tiene ya nada que ver con el reprimido, es decir, con aquel que el análisis descubrió. Cf. «Nota sobre la "pizarra mágica"», *GW*, XIV, págs. 1-8; en *AE*, vol. 19, 1979, págs. 239 y sigs.

<sup>7</sup> O bien: Anatole proyecta, Anatole reniega, etc. Mi distinción no pasa entre la primera y la tercera personas (distinción cara a los personalistas y a Politzer), sino entre el sí mismo y el otro.

<sup>8</sup> Tan vanas como la tentativa, antes mencionada, de hacer surgir del interior un «extraño», una «ajenidad» absoluta, serían las elaboraciones del último Husserl, y su búsqueda patética de una «síntesis» o de una «constitución pasiva» del objeto.

de los años 1895-1897. Allí, Freud parecía a punto de des- tronar a «Anatole» de su actividad originaria. La sexua- lidad le venía del otro, era implantada en él por el otro. Un momento fugitivo. . .

Nosotros proponemos otorgar todo su lugar, en meta- psicología, a procesos irreductibles a un autocentrismo; aquellos cuyo *sujeto* es simplemente el otro. No el Otro me- tafísico, o yo no sé qué «pequeño otro». El otro de la sedu- ción originaria, en primera instancia el otro adulto. En el centro de este proceso, el de la *implantación*. Designo así el hecho de que los significantes aportados por el adulto se encuentran fijados, como en superficie, en la dermis psico- fisiológica de un sujeto en el cual una instancia inconciente no está aún diferenciada. Es sobre estos significantes re- cibidos pasivamente donde se operan las primeras tenta- tivas activas de traducción, cuyos restos son lo reprimido originario (objetos-fuente). Remito aquí a *Nuevos funda- mentos para el psicoanálisis*.<sup>9</sup>

La implantación es un proceso común, cotidiano, normal o neurótico. Al lado de este, como su variación violenta, hay que hacer lugar a la *intromisión*. En tanto que la implan- tación permite al individuo una recaptura activa, con su doble faz traductivo-represora, hay que intentar concebir un proceso que obstaculiza esta recaptura, sortea las dife- renciaciones de las instancias en vías de formación, y pone en el interior un elemento rebelde a toda metábola.

No dudo de que un proceso emparentado con la intromi- sión juega también su rol en la formación del *superyo*, cuer- po extraño no metabolizable.

Por opuestos que sean los procesos clásicos «autocentra- dos», y los introducidos aquí, «alógenos», no se nos escapará que todos encuentran su modelo en *procesos corporales* bien conocidos, que ponen en juego el volumen del cuerpo, su envoltura y sus orificios. La intromisión está en una re- lación principal con la analidad y la oralidad. La implan- tación se refiere sobre todo a la superficie del cuerpo en su conjunto, a la periferia perceptiva.

<sup>9</sup> Buenos Aires: Amorrortu editores, 1989, esquema pág. 136. Lo que he descrito en el *Fort-da* podría servir aquí de ejemplo: el significante allí im- plantado es el ausentamiento del padre o de la madre; retomado acti- vamente por el niño en la traducción del *Fort-da*.

## 6. El tiempo y el otro

Suelo servirme de esta anécdota —dice Freud en *La interpretación de los sueños*— para ilustrar el factor del *après-coup* en el mecanismo de las psiconeurosis: «Erase un joven —dice la anécdota— gran aficionado de la belleza femenina; cierta vez en que la conversación recayó sobre la bella nodriza que lo amamantara, exclamó: “Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión”».<sup>1</sup>

Se trata de una asociación al «sueño de las parcas» o de los *Knödel*<sup>2</sup> introducida por la siguiente observación: «En el pecho de la mujer se reencuentran el amor y el hambre»; en este sueño, en efecto, Freud se refiere explícitamente a las significaciones sexuales; sin embargo, hay un momento en el cual se detiene en el camino, por razones de discreción y de pudor. No entraré entonces en las complejidades de este sueño, y me conformaré con tomar la anécdota tal como ella se presenta fuera de ese contexto: una ilustración del *concepto de après-coup*. Hay razones para pensar que esta ilustración data de 1898, como el sueño, es decir, bien dentro de la historia de ese concepto que se extiende de 1895 a 1917. Historia compleja que no detallaré aquí, pero que he seguido muy de cerca este año en mi curso en la Universidad. Para situar dos posiciones: Lacan toma nota del concepto en el «Hombre de los Lobos», es decir, en 1917, pero ignora la teoría de la seducción. De modo simétrico, Georges-Arthur Goldschmidt cree que Freud «dejó caer esa palabra» luego

Texto presentado en el marco de las *Journées de l'Association Psychanaly- tique de France*, en Vauresson, junio de 1990. «Le temps et l'autre», *Psycha- nalyse à l'Université*, 16, 61, 1991, págs. 33-56.

<sup>1</sup> *GW*, II-III, pág. 211; en *AE*, vol. 4, 1979, pág. 218.

<sup>2</sup> Sueño ampliamente comentado por Didier Anzieu en *L'auto-analyse de Freud et la découverte de la psychanalyse*, París: PUF, nueva edición, 1975, t. II, págs. 473 y sigs.